



DELANTE DE DIOS...

Por fr. Mariano Di Vito, OFM Cap.

El Papa Benedicto XVI no desaparece de la escena de la historia. Y no ha terminado tampoco, con el fatídico sonar de las ocho de la tarde del 28 de febrero, su ministerio. Ha cambiado sólo el modo de ejercerlo. El Pontífice-teólogo ha decidido dejar la guía temporal de la "santa Iglesia de Dios" y continuar a servirla "con una vida dedicada a la oración". Estas son sus palabras, pronunciadas el 11 de febrero pasado, al terminar la declaración que anunciaba "su renuncia al ministerio de Obispo de Roma, Sucesor de San Pedro" que le había sido "encomendado por los Cardenales el 19 de abril de 2005". Palabras puestas en segundo lugar por el tumultuoso sistema mediático, demasiado ocupado en descubrir o hipotizar los posibles motivos no mencionados de la histórica decisión. Y sin embargo la clave para interpretar el gesto (sólo aparentemente de debilidad) y del entero Pontificado está en aquella expresión y, en particular en una palabra: "oración". Benedicto XVI, en efecto, inmediatamente ha explicado que ha tomado su decisión, incluso "consciente de la gravedad de este acto", sólo "después de haber repetidamente examinado mi conciencia delante de Dios", es decir en la oración. Lo ha confirmado de manera más explícita dos días después, durante la

audiencia general del miércoles 13 de febrero: "He hecho esto en plena libertad por el bien de la Iglesia, después de haber rezado mucho y de haber examinado delante de Dios mi conciencia".

En seguida después, comentando el Evangelio del domingo siguiente, que habla de las tentaciones de Jesús en el desierto, el Santo Padre ha hecho una reflexión que –en el contexto de la renuncia al Pontificado– ha parecido un mensaje alumbrante. ¿Cuál es el nudo de las tres tentaciones que sufre Jesús?, se ha preguntado el Papa. Y después ha respondido: "Es la proposición de instrumentalizar a Dios, de usarlo para los propios intereses, para la propia gloria y para el propio éxito. Y entonces, en definitiva, de ponerse uno mismo en el lugar de Dios, apartándolo de la propia existencia y haciéndolo parecer superfluo. Todos tendríamos que preguntarnos entonces: ¿Qué lugar tiene Dios en mi vida? ¿Es Él el Señor o lo soy yo?".

Ciertamente Benedicto XVI ha cumplido un gesto radical para poner a Dios en primer lugar (o quizá sería más correcto decir: para vivir sólo de Dios, por Dios y en Dios), decidiendo transcurrir los últimos años de su vida en el "monasterio donde vivían las monjas de clausura sobre el cerro Vaticano", dedicándose al estudio, a la meditación y a

la oración como ha anunciado el director de la Sala de Prensa de la Santa Sede, el padre Federico Lombardi. Ha dejado el poder terrenal para ejercitar un poder mucho más grande, el único en grado de impresionar el corazón del Omnipotente. Estaba convencido también el Padre Pío, que escribía: "La potencia de Dios, es verdad, triunfa sobre todo; pero la humilde y dolorosa oración triunfa sobre Dios mismo; detiene el brazo, apaga el rayo, lo desarma y le gana, lo aplaca y se lo hace casi dependiente y amigo" (*Epist. II*, p. 486).

Joseph Ratzinger ha elegido ejercer únicamente el poder de la oración, ha elegido a Dios. Ha elegido la mejor parte, que no le será quitada (cit Lc 10,38-42).

Recordando la devoción hacia el Padre Pío demostrada muchas veces por el Santo Padre, en particular con la visita pastoral a San Giovanni Rotondo del 21 de junio de 2009, y del afecto que nos ha demostrado, sus hermanos, expresimos gratitud al Señor por el gran don que la Iglesia ha recibido con estos ocho años de Pontificado e invocamos a la Providencia Divina para que continúe a acompañar a Benedicto XVI y a la Iglesia entera en este momento tan importante y significativo.

Junto a él, puede estar seguro, seremos muchos. ¡Delante de Dios!